

Planes: Perón busca paraíso

El largo exilio y un sinnúmero de intermediarios no impidieron que Juan Perón se instalara cómodamente en el campo de batalla argentino. Sin embargo, sus ojos ya han comprobado que Buenos Aires no es la misma ciudad que él abandonó, una mañana lluviosa, hace 17 años. Después de esa larga misa que, durante su primer fin de semana, la Juventud ofició en su honor, Perón salió varias veces de su casa de Vicente López: estuvo en el Nino y, el jueves 22, paseó brevemente por Palermo. El líder dejó una ciudad saturada de edificios públicos (Casa de la Moneda, Ministerio de Hacienda, Banco Hipotecario, facultad de Derecho, la Ciudad Universitaria, Fundación Eva Perón, hospitales) que, ahora, aparecen ocultos entre tanta oficinista privada. En 1955, aún había tranvías, los

cataratas, lagos artificiales. Una maravilla. Claro que yo no hice todo eso: sería absurdo, en esta época en que la gente se muere de hambre. La compré muy barata y ahora debe valer 80 millones. Tiene dos chalets: el más grande, con piso de mármol negro y un comedor con puertas corredizas de vidrio. Vestuarios para ambos sexos, usina para luz interna. Un horno que nunca usé. Hay tejas y lajas y ladrillos barnizados: justo para él. Cancha de bochas y juegos para chicos. También tengo un quincho para 25 personas con música funcional y muchos árboles. Yo no sé nada de botánica, pero hay pinos azules. Perón estaría cómodo y seguro. Intenté hablar con Cámpora pero sólo pude hacerlo con su secretario, quien desmintió que Perón quisiera mudarse. Rucci, en cambio, me pareció simpático y prometió llamarme. Para mí, sería fantástico sacarme una foto en esa ventana donde se asomó Perón. Tendría un monumento histórico para mí sola.

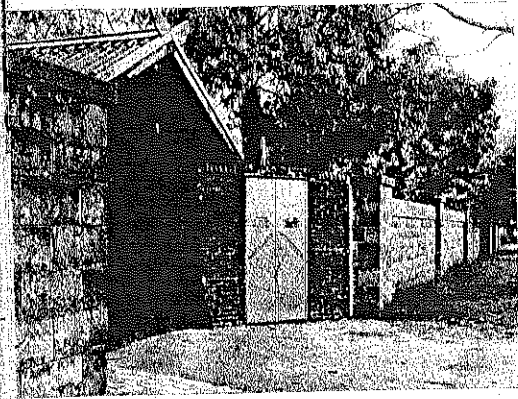
EL JARDIN DE LAS DELICIAS. Mientras tanto, a 20 años de distancia, los pobladores más memoriosos de San Vicente se esmeran por reconstruir retazos de la vida de Perón en su quinta de descanso. Perón y Evita, de pie en un auto descubierto, reparten infinitos juguetes. Perón recorre en su motoneta las calles del pueblo o, casi disfrazado, compra anónimamente el diario en un quiosco de la plaza. Ambos pasean a caballo a la caída del sol y llegan hasta la laguna, ahora saturada de juncos y mosquitos. Una atmósfera de siesta permanente colma hoy esa esquina en la que Perón y Evita se dejaban contemplar durante horas. Los relatos se entremezclan y conforman imágenes casi irreales, productos de un sueño colectivo. "El fue, aquí, un verdadero compañero. Se le podía pedir cualquier cosa", asegura Teodoro Herrera (60, empleado de la municipalidad). Pero la sensación de irrealidad se acrecienta al comprobar que nadie conserva fotos de la célebre pareja en San Vicente y sería difícil encontrar, por ejemplo, uno solo de los innumerables monopatines que sembraron en el pueblo. "En el 55, quemaron hasta los libros —cuenta Herrera—, porque tenían fotos de ellos. Pudimos llevarlos en el corazón, no más".

Casi ningún vecino recuerda a Perón sin Evita y todos afirman que, en general, la pareja llegaba a San Vicente sin más compañía que su personal doméstico y de custodia: "Venían acá a descansar de tanto trabajo". Sólo el cura párroco, Laureano Leirado (80), cuenta que Perón solía recorrer la plaza "con una chica de la UES". "En una sola oportunidad estuvo aquí —recuerda—. Un domingo me asombré de la cantidad de gente que había en la iglesia. Era porque estaba Perón. Yo lo quise mucho hasta que le dio por quemar iglesias".

Cercado por un alto tapial de dra rosada, el parque mide 16 unas hectáreas. Más allá de la pue principal se abren anchos senderos lajas que, cerca del chalet, se bifurcan. Conducen a la caballeriza, a la p de natación o al mirador y, el angosto, zigzaguea interminablemente a través del parque. Alamos, eucaliptos y laureles abundan en los rincones más alejados y, en el círculo central, cedros y parasol-trees. La casa es visible desde los tapias: ninguna redadera cubre sus paredes por cinco metros, un manto de arbusto oculta prudentemente. A pesar de aureola, es una luminosa casa de campo. Con tejas y revestimiento de ladrillo tiene cuatro dormitorios, una sala, armas y un living separado del comedor por una arcada. En el propio la entrada de verjas blancas y un medo impecable de la casa rodea un rectángulo de granito blanco y gro con la figura de un caniche, leyenda *Cave canem*. Según la tradición, allí yace uno de los mil perros de esa raza que Perón crió a lo largo de su vida.

Cuando el ex presidente compró vergel a su amigo Domingo Mercante sólo un débil cerco de alambre lo paraba del exterior. El escribano Luis Pisco Segovia relató a *Panorama*: Perón me comentó que quería tener cuanto antes —eran los comienzos de la operación para que nadie fuera que andaba comprando cosas

Después que la Revolución Libertadora declaró *interdictos* los terrenos del ex presidente, la villa cayó en manos del Ministerio de Educación y la convirtió en colonia de vacaciones para sordomudos. Antes o después consumió uno de los baños rituales antiperonismo. "El living, que piso de parquet, fue lavado tanta saña que, finalmente, las se levantaron y fueron reemplazadas después, por baldosas". Esporádicamente, contingentes de niños sordomudos deambulan por el parque donde acostumbraba leer el diario o char con algunos amigos (Aloé, cantante) o suben al mismo mirador el que Evita —algunas fotos lo retratan— pudo abandonar su amor. Para alojar a los chicos, se necesitarían algunas modificaciones del dormitorio de Evita es, ahora, una cesión de baños y el de Perón duchas. Entusiasmados con la idea que Perón vuelva a habitar la ciudad, los lugareños suponen que días bastarían para acondicionarla. Mientras los funcionarios del municipio —por las dudas— la desalojan, los vecinos sueñan —en vano, ya caudillo no se trasladará al campo— con que Perón recorra lentamente la calle de la plaza y haga girar el che hacia la villa. Pero la experiencia no es sólo sentimental: esperar la vida de San Vicente se vuelve productiva. ♦



Eduardo Nunes

QUINTA DE SAN VICENTE

Ahora, colonia de vacaciones

coches eran motivos de admiración y las calles, los accesos a la capital, estaban apenas iluminados. Ahora, hay menos árboles pero más ruido y ya no existen las motonetas. En cambio, la avenida 9 de Julio es un túnel de luz sólo quebrado por un edificio que él conoce bien: el Ministerio de Obras Públicas.

Aparentemente, Perón no sólo aspira a pasear por la ciudad; también estaría dispuesto a mudarse, ya que —según se supo— la vivienda de Vicente López le resulta estrecha. Si el gobierno levantara la interdicción que pesa sobre su antigua quinta de San Vicente, tendría ocasión de comprobar otros cambios. Su residencia no pertenece ya al puro campo; a 50 kilómetros de la capital, es una isla asediada por la industria y sus secuelas.

VENDEDORA DE FANTASIA. La tarde del viernes 23, Libertad Leblanc eligió ojos pardos, pelo rubio y un escote en forma de escudo medieval para hablar de su extraño deseo:

Cuando leí que Perón se sentía incómodo en Vicente López, pensé que podríamos hacer una permuta. Mi quinta en Castelar es divina: tiene 8 mil metros, dos piletas —una en forma oval, al estilo Hollywood—, dos